

LA MUERTE DE PEDRO ASCENCIO.

(EPISODIO DE LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA)

A MI PRIMO EVARISTO AZNAR.

I

Era el tiempo en que aun sufría
 Encadenado el Anáhuac,
 El férreo yugo ominoso
 De los tiranos de España.
 El tiempo en que despertando
 Tras un pasado de infamia,
 Un pueblo noble, hasta el cielo
 La frente altiva levanta.
 El tiempo de los Hidalgos,
 De los Morelos y Aldamas,
 Y el tiempo de los heroicos
 Sacrificios por la patria,
 Cuando al romperse el anillo
 Que á tres centurias ligaba,

Un Leon repasar intenta
 Las costas americanas;
 Porque le falta el aliento,
 Porque las fuerzas le faltan,
 Porque sacude en los aires
 La melena ensangrentada,
 Y á un pueblo que está sediento,
 Y sediento de venganza,
 Conoce bien que á saciarlo
 Su sangre toda no basta!

Lucha tenaz el Ibero
 Y en nombre de sus monarcas,
 De México los Vireyes
 El sólio vetusto guardan;
 Y en su obstinacion impía,
 Y en su furibunda saña,
 La noble sangre de Hidalgo
 En un cadalso derraman!
 El victorioso Morelos.
 Allí mismo se levanta,
 Y por los campos tremola
 El tricolor oriflama;
 Es el guardian de una idea
 Que á paso gigante avanza;
 Es el terror de la guerra,
 El génio de las batallas.....
 Y él tambien con cien laureles

Coronado en cien jornadas,
En un patíbulo cae
Acribillado de balas.

Valiente, aguerrido, fiero,
Sin municiones, sin armas,
Con su voluntad inmensa,
Mas grande que su esperanza,
Un hombre aparece entónces
En el confin de la patria;
Como al náufrago aparece
El faro tras la borrasca;
Como en medio de los campos
Al caminante que anda
Perdido en lóbrega noche,
La aurora serena y clara.
Era Vicente Guerrero
Que en boscosas sierras altas
Defiende de un pueblo él solo
Las libertades sagradas.
A su formidable acento
Por do quiera se levantan,
Intrépidos capitanes
Que á la pelea se lanzan.
Acaso sin él, acaso
La noble empresa fracasa,
Y quién sabe cuánto tiempo
Sobre el nopal del Anáhuac,

El águila azteca hubiera
Batido, rotas las alas.
¡Llor á tí, sombra gloriosa!
Que mi humilde labio ensalza,
Digna de que otro mas digno
Pronuncie tus alabanzas!

Entre los héroes famosos
Que Independencia proclaman,
Y van á empapar con sangre
De la patria el ara santa,
Un valeroso guerrero,
Pone sitio á Tetecala
Do el ejército realista
Campo ofrece á sus hazañas.

II

Es Don Cristóbal de Huber
Hombre malo y vengativo,
Quien defiende á Tetecala,
Y teme allí ser vencido.
Y teme que Pedro Ascencio,
El valeroso caudillo,
Que desde hace muchos dias
Ha puesto á la plaza sitio,
Lo derrote y muerto sea
A manos de los patricios
Que su bravura han probado
En mil encuentros distintos.

Y una tarde que en el cielo
 Encapotado y sombrío,
 Denso nublado intercepta
 Del astro mayor el brillo,
 A Pedro Ascencio le manda
 Un enviado, el cual sumiso
 Se le presenta, y del jefe
 Dá á conocer los designios.
 Una entrevista propónele
 En nombre de Huber, rendido
 Al fin de cerco tan largo
 Y batallar tan prolijo.
 Que tratarán como buenos
 Para entrambos lo mas digno,
 Y que será en la entrevista
 Caballero si nó amigo,
 Y Pedro Ascencio la acepta,
 Y la acepta persuadido
 De que ella acaso podria
 Ser de su causa en servicio,
 Y ahorrar la sangre desea
 De sus soldados invictos.

Y rodeado de su escolta
 Avanza al campo enemigo,
 En cuyas astas flamean
 Banderas de blanco lino.

Con el semblante sereno,
 Con el corazon tranquilo,
 Marcha Ascencio sin temores,
 Que nunca temió al peligro,
 Cuando detras de una cerca,
 Que está faldeando el camino,
 De mas de veinte arcabuces
 Parten los traidores tiros!
 Y el bravo jefe en el medio
 De sus soldados, herido
 De muerte, cae rodando
 En su ardiente sangre tinto!
 Huber sabe el resultado
 De proceder tan inícuo,
 Y una espresion feroz baña
 El rostro del asesino.

Campanas tocan á vuelo
 En son alegre y festivo,
 Y en vez de banderas blancas
 Flamea en el aire altivo,
 Aquel pabellon hispano,
 Gala de luengos dominios,
 Y que es en esos momentos
 De su gran nacion indigno;
 Burla de sus defensores,
 De sus guardianes ludibrio.

No fué Pedro Ascencio un hombre
 De noble origen, ni ricos
 Tesoros guardó en sus arcas;
 Era nada mas que un indio.
 Pero mas que esa nobleza
 Que se guarda en pergaminos,
 Vale la de grandes hechos
 De honradez y de heroismo.
 Nobleza que nunca acaba,
 Y en bronce y en mármol limpio,
 Respetará la progenie
 De los venideros siglos.

Del gran Guerrero á las órdenes,
 Incansable y decidido,
 De la insurreccion el fuego
 Mantuvo perenne y vivo;
 Y fué entonces el mas bravo
 Y mas temible caudillo,
 Por su valor y estrategia,
 Por su constancia y su tino;
 Dícenlo los españoles,
 Confesáronlo ellos mismos,
 Lo dicen los de su tiempo,
 Y la fama, y en los libros,
 Así lo dice la historia,
 Y por eso yo lo digo.

AL MAR.

Con qué aparente calma
 Tu prodigiosa inmensidad se ostenta,
 Y alborozando el alma
 A la insaciable vista se presenta.
 Empero, ¡oh mar! despues de tantos dias
 De inconsolable ausencia y de abandono,
 No así el recuerdo te fingió en la mente.
 Sirviéndole de trono
 Al genio aterrador de las tormentas,
 Pensé que al contemplarte, arrojarias,
 Salpicando mi frente,
 Tus aguas turbias al chocar violentas.
 Así te anhelo ver. Plácidas corran
 Las tersas linfas del arroyo manso
 Que en la feraz llanura se dilata.

Tú, sin hallar descanso,
 En tus antros hondísimos desata
 Tu cólera indomable, y de los vientos
 Al furibundo empuje, tempestuoso
 Lleno de augusta majestad estalla!
 Rueden tus ondas con sonante brio
 Sobre la inmensa playa,
 De pavor congelando el pecho mio!

Enaltezca mi altivo pensamiento
 Tu grandeza infinita, y retronando
 Poderosa mi voz, el rónico acento
 Del Aquilon bravísimo domine;
 Sujete tu albedrío á mi albedrío,
 Mientras el rayo asolador fulmine
 Su pavorosa luz en el vacío.

Oh mar! Oh mar soberbio! ¡Cuántas veces,
 Dejando atrás en su carrera al viento,
 Tu superficie inquieta
 Cruzó mi pensamiento
 Para espaciarse en la húmeda ribera
 De la ardorosa y fértil patria mia,
 Allí donde otros tiempos
 Tu incesante rumor me adormecía!

Pronto, muy pronto tornaré á dejarte,
 Y un tierno adios á tu estension severa
 Diré al partir. Mi pecho conmovido
 Suspirará por tí, y eternamente

Con el rumor de tus marinas auras
 Regalaré mi oído:
 Yo sé que tú serás el mismo siempre,
 Siempre en tu poderío
 Monótono y violento;
 Encadenado al Aquilon bravío
 Y esclavo de tu eterno movimiento!

Siempre igual, siempre igual, no así la hermosa
 Tierra, que ostenta sus variadas flores
 En la estacion primaveral. Lujosa
 A los postreros soplos del Estío
 Se engalana de frutos, y risueña,
 Con mágico atavío,
 De esmeralda vestida,
 Su panorama seductor enseña
 Y á dulces horas de placer convida.

Y hojas y flores mueren, y á su tierno
 Adios, á su amorosa despedida,
 Triste y desolador llega el invierno;
 Y la montaña colosal, y el llano,
 Y la musgosa roca, y la colina
 Cubierta de verdor, y el bosque anciano
 Que nunca al peso de la edad se inclina,
 Perdida ya su agreste galanura
 Al soplo asolador del cierzo aleve,
 Do quier amarillean;

Y los rayos del sol sobre la nieve
Irizando el nublado centellean.

Y retorna de nuevo
La estacion de las flores, y Natura
Sonríe al soplo de la fresca brisa
De nuevo perfumada.
Y es hechicera y dulce su sonrisa,
Como era triste la estacion pasada.
¡Tú nunca te sonries!
Jamás mi labio, al ofuscar la vista
Tu soberano encanto,
Se dilató gozoso..... Tú eres siempre
La terrífica imájen del espanto!

Es verdad, es verdad, piélagos undosos,
Que no incesantemente proceloso
Se te escucha rugir; y como ahora
Tus márgenes tranquilas
Del sol doradas por la tibia lumbre
Con blanca espuma bañas apacible.....
Pero aun en tu aparente mansedumbre
Hay algo de grandioso y de terrible!

Adios! Jamás, oh mar! sorda á mi ruego,
Para ensalzar absorto tu grandeza,
Será la musa mia;
Ni esquiva á mi clamor el arpa rota
Me negará su lánguida armonía.

En paz te queda! Acaso, acaso un día
La tierra que en remota
Edad, sus altas cumbres estendia
Del Este al Occidente,
Y hoy de lecho te sirve,
Uniendo el viejo al nuevo continente
Surja otra vez al fragoroso choque
De terremoto horrendo;
Y en el lugar en que hoy tiendes altivo
Tus olas hervidoras,
Eleven en revuelta cordillera
Su gigantesca cima las montañas;
Mientras que tú mugiendo
En vorágine inmensa despeñado
Te irás á hundir del Globo en las entrañas.

O acaso, oh mar! en la tremenda hora,
Cuando augusta resuena
La voz del Hacedor en las alturas,
Y con tonante acento
La destruccion del Universo ordene,
Tú, indómito leon encadenado
A los piés de Jehová, rota la argolla
Que tantos siglos sujetó tu planta,
Revolverás, y en vórtice espantoso
Remolinando la infinita mole,
Tu seno inmenso sorberá á la tierra
Y cuanto en ella su grandeza encierra.

Y cuando rueda desquiciado el astro
 De cuya régia frente
 La luz emana que difunde el día,
 Hasta él tus olas alzarás rugiendo
 Y apagarás su lumbré. En noche eterna,
 Tú solo, altivo morador del cáos,
 Querrá el destino que tus negras aguas
 Repitan incesantes
 El último ¡ay! del orbe, y sus grandezas
 Y sus pasados esplendores cantes.

TERNURA.

—Qué son las perlas brillantes
 Que estoy en torno mirando?
 Quién estuvo aquí llorando
 En el vergel del amor?
 Dímelo, Aurora hechicera,
 Si como yo te acongojas,
 Mirando en tan lindas hojas
 Tantas huellas de dolor.

—Mariposa lisonjera,
 Esas lágrimas son mias.
 —Siendo fuente de alegrías?
 —Nunca es eterno el placer.
 —Y tú las lloras acaso
 Porque tu esperanza ha muerto?
 —Las vierto, ¡ay triste! las vierto
 Por tus víctimas de ayer!